

---

# Octavio Paz

---

## Nocturno de San Ildefonso

[FRAGMENTO]

El muchacho que camina por este poema,  
entre San Ildefonso y el Zócalo,  
es el hombre que lo escribe:

esta página  
también es una caminata nocturna.  
Aquí encarnan  
los espectros amigos,  
las ideas se disipan.

El bien, quisimos el bien:  
enderezar al mundo.

No nos faltó entereza:  
nos faltó humildad.

Lo que quisimos no lo quisimos con inocencia.  
Preceptos y conceptos,  
soberbia de teólogos:

golpear con la cruz,  
fundar con sangre,  
levantar la casa con ladrillos de crimen,  
decretar la comunión obligatoria.

Algunos  
se convirtieron en secretarios de los secretarios  
del Secretario General del Infierno.

La rabia  
se volvió filósofa,  
su baba ha cubierto al planeta.  
La razón descendió a la tierra,  
tomó la forma del patíbulo  
—y la adoran millones.

Enredo circular:  
todos hemos sido,  
en el Gran Teatro del Inmundo,  
jueces, verdugos, víctimas, testigos,  
todos  
hemos levantado falso testimonio  
contra los otros  
y contra nosotros mismos.

Y lo más vil: fuimos  
el público que aplaude o bosteza en su butaca.  
La culpa que no se sabe culpa,  
la inocencia,  
fue la culpa mayor.  
Cada año fue monte de huesos.

Conversiones, retractaciones, excomuniones,  
reconciliaciones, apostasías, abjuraciones,  
zig-zag de las demonolatrías y las androlatrías,  
los embrujamientos y las desviaciones:  
mi historia,

¿son las historias de un error?

La historia es el error.

La verdad es aquello,

más allá de las fechas,

más acá de los nombres,

que la historia desdefía:

el cada día

—latido anónimo de todos,

latido

único de cada uno—,

el irrepitable

cada día idéntico a todos los días.

La verdad

es el fondo del tiempo sin historia.

El peso

del instante que no pesa:

unas piedras con sol,

vistas hace ya mucho y que hoy regresan,

piedras de tiempo que son también de piedra

bajo este sol de tiempo,

sol que viene de un día sin fecha,

sol

que ilumina estas palabras,

sol de palabras

que se apaga al nombrarlas.

Arden y se apagan

soles, palabras, piedras:

el instante los quema

sin quemarse.

Oculto, inmóvil, intocable,

el presente —no sus presencias— está siempre.

Entre el hacer y el ver,

acción o contemplación,

escogí el acto de palabras:

hacerlas, habitarlas,

dar ojos al lenguaje.

La poesía no es la verdad:

es la resurrección de las presencias,

la historia

transfigurada en la verdad del tiempo no fechado.

La poesía,

como la historia, se hace;

la poesía,

como la verdad, se ve.

La poesía:

encarnación

del sol-sobre-las-piedras en un nombre,

disolución

del nombre en un más allá de las piedras.

La poesía,

punto colgante entre historia y verdad,

no es camino hacia esto o aquello:

es ver

la quietud en el movimiento,

el tránsito

en la quietud.

La historia es el camino:

no va a ninguna parte,

todos lo caminamos,

la verdad es caminarlo.

No vamos ni venimos:

estamos en las manos del tiempo.

La verdad:

sabernos,

desde el origen,

suspendidos.

Fraternidad sobre el vacío.

Ceteris Pae

(De *Los hijos del Limo/Vuelta*, Planeta-Agostini, Madrid, 1985.)